

## Las mariposas y el asfalto Isidoro MC

Vaya a saber cuándo y por qué dejaron de asfaltar las últimas cuatro cuadras de la calle Echeverría desde Constituyentes a Bárcena - nombre éste dado en 1904, en homenaje a un médico jujeño gobernador de su provincia y, renombrada Barzana desde 1979, por un español del siglo XVI que vivió en Perú y fue autor del "Arte de la lengua toba" - y los dos pasajes lindantes La Gloria y Tartagal - cuyos nombres aún se conservan -. Pero fueron muchos los años en los cuales, esa obra inconclusa se mantuvo en el tiempo.

Mientras, los mayores, renegaban con esa discriminación, y especialmente cuando llovía, porque el barro que se formaba impedía no solo cruzar esas calles sino también transitar cómodamente por las veredas, que en su mayoría también eran de tierra con algunos ladrillos o restos de baldosas precisamente para aligerar la caminata en la lluvia, los chicos, al revés, festejaban esa situación que les permitía jugar tranquilamente de vereda a vereda, ya fuera a la mancha, a las bolitas, a la escondida y especialmente al fútbol, pues sí, en esas cuadras de tierras se jugaba al verdadero fútbol de potrero.

Para alegría de unos y tristeza de otros, en 1960 el intendente Hernán Giralt decidió terminar la obra y el asfalto anunció los nuevos tiempos.

Poco antes de que comenzara la obra de Giralt en una mañana cálida de enero hubo una invasión de mariposas en Buenos Aires y especialmente en Villa Urquiza y, más aún, en las calles sin asfaltar.

- Vamos Ernestito – lo llamaba Amalia a su nieto para que se levantara.
- Esperá abuela, dejame un ratito más, ayer me acosté tarde – contestaba Ernesto sin abrir los ojos y aferrándose con las manos a la sábana.
- Ya tu madre me recriminó por dejarte ayer jugar hasta tarde a la escondida – le reprochaba la abuela.

Pero la noche había estado muy linda. Junto con la luz se había ido el furioso calor de la tarde y todos los chicos del barrio se habían congregado en la esquina de Echeverría y La Gloria para jugar a la “escondida”. Si bien Ernesto no era muy rápido para correr, tenía la habilidad de encontrar el lugar justo para esconderse sin ser descubierto y cuando el “policía” se alejaba de la meta para ir a buscar a los que se ocultaban, salía rápido del escondite para llegar al objetivo y gritar entre emocionado y agitado un triunfal ¡piedra libre para todos mis compañeros!

- No sabés la cantidad de mariposas que hoy hay en la calle, todos tus amigos están cazándolas e incluso hay un montón de nenas – agregó la abuela.
- ¿Mariposas? – preguntó Ernesto mientras se incorporaba rápidamente de la cama.
- Si, si, pero primero vas a tomar la leche - desde el patio le ordenaba la madre cuando escuchó que su hijo se levantaba.
- Si mamá, pero dámela pronto – reclamó Ernesto mientras se vestía.

Qué cansada estaba. Había roto con mucho esfuerzo durante esa fresca noche de verano la crisálida, había trepado para poder descansar y bombear líquido a las alas para extenderlas, había esperado dos horas para que se endurecieran y ya estaba

lista. Una gran alegría la invadió, se le presentaba una nueva vida, al fin pasaba de la lentitud de la oruga prisionera del suelo a la velocidad de la mariposa libremente volando.

Ernesto se lavó la cara, tomó la leche con chocolate, agarró el pan untado con mantequilla y azúcar y, sin que nadie se diera cuenta, se lo dio a Chiche, el perro de la casa, que se lo deglutió en menos de diez segundos, le pidió a la abuela la cuchilla para cortar una rama del árbol y un frasco para poner las mariposas y salió corriendo. Ya en el patio había varias mariposas pero al salir a la calle la cantidad era muchísima, estaban no solo sus amigos sino también chicos de las calles asfaltadas que habían ido hacia allí para lograr una mayor cantidad del preciado botín.

Apenas iniciado el vuelo notó la gran cantidad de su misma especie que había en derredor y todas llevadas por el viento en un mismo rumbo.

Ayudado por sus amigos, Ernesto era el chico mimado de barrio, subió al paraíso con cierta dificultad, cortó con mucha paciencia una rama, dio un salto que lo estrelló en el suelo y le produjo una pequeña raspadura en su rodilla izquierda; dejó la cuchilla en el jardín de la casa, le sacó prolijamente las hojas a la rama y una vez que el “arma” estaba lista dejó la vereda y se dirigió a la calle donde todos los chicos la ocupaban a lo largo, cada uno con una rama en sus manos más diestras, moviéndolas de izquierda a derecha y viceversa, para tumbar un sinnúmero de frágiles mariposas.

También notó que su cuerpo era mucho más grande que el del resto y, como sus alas eran también más grandes, podía volar más rápido y más alto que las demás.

Ernesto era consciente, aunque ninguno de sus amigos se lo había nunca mencionado, de su poca habilidad para todo tipo de deportes, un “tronco” como se decía por aquellos tiempos, y el cazar mariposas era una especie de deporte más, por lo que optó ponerse atrás de todos, así nadie se percataba si agarraba muchas o pocas mariposas, aunque al final el frasco denotaría el éxito de cada uno.

Dejándose llevar, apenas aleteando se le presentaba un mundo totalmente distinto de aquel que durante tanto tiempo había transitado. Se había cuidado durante meses de no ser sorprendida por los pájaros para preservar su subsistencia y de pronto todo peligro había pasado.

Tanta era la cantidad de mariposas de aquella mañana que una vez saciado el primer impulso, todos empezaron a dedicarse a las más grandes, los llamados “galерones” de color carmesí y que volaban a mayor altura. Para Ernesto los galерones eran un imposible, su salto no era elástico y por lo tanto poco se despegaba del suelo, por lo que se tenía que conformar con las comunes, las más chicas.

¿Qué es eso? Se dijo. Ahí abajo, ahí nomás, chicos con ramas sin hojas nos están atacando, son decenas, peor que los pájaros pensó, hizo un esfuerzo y comenzó a elevarse aunque el viento le jugaba en contra.

De repente hizo su aparición allá a lo lejos, un “limonero”, la reina de las mariposas, de color amarillo intenso con ribetes negros, era del tamaño de tres galerones que a su vez duplicaban en tamaño a las comunes, todos los chicos dirigieron su objetivo hacia ella.

Volaba alto y rápido, las ramas se forzaban por alcanzarla, pero zigzagueaba de tal forma que era imposible que la tumbaran.

Ernesto bajó los brazos, sabía que cualquier esfuerzo que hiciera sería inútil. Se dedicó a mirarla desde que la había divisado observando como evitaba ser cazada y mientras se aproximaba iba retrocediendo con la mayor velocidad posible para seguir disfrutando de ese maravilloso movimiento de las alas.

Gracias a su tenacidad pudo sortear esa embestida furibunda, pero sus alas estaban cansadas, solo quedaba un chico allá al fondo y no mostraba agresividad. Decidió tomarse un descanso y comenzó a planear mientras descendía impulsada por el viento hacia ese niño inofensivo cuya rama no estaba en posición de ataque.

Había retrocedido más de cincuenta metros, se había alejado del resto de sus compañeros de caza, cuando de repente notó que la mariposa iba perdiendo altura y se dirigía hacia él. Instintivamente levantó el brazo que tenía la rama y sacudiéndolo con fuerza hacia abajo dio en el objetivo y el “limonero” cayó al piso inerte, dando unos últimos aleteos.

Sintió un impacto durísimo, sus alas se paralizaron, cualquier intento de remontarse fue inservible, sentía la impotencia mientras volvía al suelo que había creído dejar para siempre, qué poco había gozado de la nueva vida.

¡Grande Ernesto! En coro gritaron sus amigos. Él, el más frágil, era el héroe de todos, había logrado lo que nadie, atrapar a la reina de las mariposas.

Mientras era puesta en un frasco de vidrio, su cuerpo se contornó débilmente, respiró hondo, se aisló del ruido que llegaba desde la calle de tierra y cerró los ojos, hasta que cayó en un sueño profundo.

- Abuelo, mirá lo que encontró mamá haciendo limpieza en el armario del fondo – le decía Florencia a Ernesto mientras levantaba su mano derecha mostrándole un libro forrado con papel azul.
- Dejalo sobre la mesa – respondió Ernesto.

Lentamente se levantó del sillón, su sillón, agarró el bastón con su mano derecha y que tan bien lo socorría y le permitía trasladarse supliendo a esa pierna derecha maltrecha por la poliomielitis que, como a otros chicos, lo había atacado en la niñez. Fue hacia la mesa, agarró el libro, prendió la luz de la lámpara que estaba detrás del sillón, se sentó lentamente, lo abrió y comenzó a leerlo.

Al ver el título “Agüita clara” reproducido en la primera hoja, fue como si se hubiera trasladado en un segundo a los años de la infancia. Lo inundó una inmensa melan-

colía, de repente algo que parecía totalmente olvidado se le aparecía con una nitidez inusitada.

Empezó a recordar a la maestra, quien como castigo, cuando se portaban mal, les hacía copiar cada una de esas páginas ya fuera en las horas de clase o como tarea para el hogar. Se le apareció también la figura de su padre, a quien acudía para que lo consolara de la bronca que le daba tener que reproducir con la lapicera fuente tantas páginas.

Fue recorriendo cada una de esas carillas para revivir aquel pasado tan distante y tan cercano a la vez y, al llegar a la mitad, encontró las dos páginas centrales sucias con un polvo amarillento y grisáceo y restos de una mariposa. Se acordó inmediatamente de aquel acontecimiento cuando él, el cojo del barrio, había cazado la presa más preciada, meneó la cabeza, aquello que ayer nomás lo había alegrado tanto, hoy lo entristecía a tal punto de humedecerle los ojos, porque a la distancia todo eso le parecía, simplemente, una salvajada.

Apretó el libro sobre su pecho, su cuerpo se contorneó débilmente, respiró hondo, se aisló del ruido que llegaba desde la calle asfaltada y cerró los ojos, hasta que cayó en un sueño profundo.